

Y  
3023

EJ.1

1895

GRANDEZA Y DIGNIDAD

DE LA

MUJER CATOLICA.

UNIVERSIDAD  
**EA FIT**

Biblioteca



Patrimonio Documental

PAMPLONA.

*Tipografía del Colegio de San José.*

DIRECTOR: AURELIO JAIMES B

1895.

F A E S

Biblioteca

*Obsequio de El autor*

*Al Sr. Dr. Tomás Quevedo -  
Medvedev -*

UNIVERSIDAD  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

f

---

# GRANDEZA Y DIGNIDAD DE LA MUJER CATOLICA.

CONFERENCIA LEIDA POR EL Pbro. BALTASAR YELEZ EN LA  
IGLESIA CATEDRAL DE PAMPLONA, EN LOS DIAS 21, 22 Y 23  
DE SEPTIEMBRE DE 1894, CON MOTIVO DE UN NOVENARIO  
DE PLÁTICAS SOBRE LOS DEBERES DE LA MUJER,  
Y DEDICADA AL PIADOSO BELLO SEXO  
DE DICHA CIUDAD.

*Y dijo el Señor : no conviene que el  
hombre esté solo : hagámosle una  
compañera que se le asemeje y le  
ayude.*

**UNIVERSIDAD  
EAFIT**

Biblioteca [MOISES.]  
Sala de Patrimonio Documental

**H**E aquí, S. S., el origen de la mujer, según el Génesis :  
hé aquí el origen de esta criatura más bella que el  
hombre y la más perfecta después de María y de los  
ángeles.

La mujer es la mitad del hombre, de cuyo corazón la formó  
Díos, pues no la hizo de barro como á aquel. *Poco menos que á los  
ángeles la hizo.* Uno de estos, Luzbel, conversó familiarmente con  
ella ; y si Luzbel la engañó fué abusando de la inocente y virginal  
candidez de la que todavía ignoraba que pudieran los ángeles  
mentir.

Más su engaño fué fatal para sus hijos, que nacimos cuando  
ella se hallaba desterrada del paraíso y sufriendo el castigo de su  
falta. Por eso heredamos sus flaquezas, sus enfermedades y la  
muerte.

Una de las penas á que se vió condenada fué la de estar  
sometida al hombre ; pero Dios no se propuso otra cosa que darle  
en éste un amigo, un protector, nunca un amo y mucho menos  
un verdugo.

Adán era la robusta encina, Eva la débil yedra confiada á  
su sombra para librarla de los ardores del sol y del huracán. Adán

era el jardinero, Eva la rosa delicada expuesta á marchitarse y perecer. Por eso Dios se la entregó á Adán y le dijo: te entrego esta flor; ¡cuidado con su caliz! ¡cuidado con sus pétalos! ¡cuidado con su aroma y aun con sus espinas! ¡Cuidado!

Y Adán díjole á Dios: ¡gracias, Señor, por la compañera y ayuda que me diste: yo seré su compañero y ayudador, porque ella es "hueso de mis huesos y carne de mi carne"; porque es la mitad de mi corazón, de donde tú mismo la sacaste.

Y Adán cuidó mucho de su Eva; pero Cain y sus descendientes no heredaron la conducta de Adán, y affigieron á la mujer, y la engañaron como Satanás, y la hicieron mala como éste, y la esclavizaron. Y ella á su vez hizo malos á sus hijos, y por causa de todos hubo un Diluvio que ahogó á todo el género humano, excepto Noé, y sus tres hijos y las cuatro mujeres de ellos.

Pero no escarmentaron los descendientes de Noé con el terrible castigo, y hubo más mujeres malas después del Diluvio.

Y por causa de una mujer llamada Dina el rey de Siquen y todos sus vasallos fueron pasados á cuchillo; y por causa de unas mujeres Sansón, David y Salomón se vieron en los mayores conflictos. Y la célebre Elena fué causa de 10 años de guerra y de la destrucción de Troya. Y Semíramis causó la desgracia de Babilonia, y Cleopatra llenó de calamidades el Egipto.

Y tan mala se mostró la mujer antes de venir Jesucristo que la misma Sagrada Escritura se vió precisada á exclamar: "no hay ira peor que la ira de la mujer: antes de morir con un león y con un dragón que con una mujer malvada. Toda malicia es muy pequeña en comparación de la malicia de la mujer mala, y ella será la suerte que le tocará al pecador en castigo de sus maldades. Por la mujer tuvo principio el pecado y por ella morimos todos."

Y así se explica, S.S., por qué la mujer fué tan despreciada antes de venir al mundo Nuestro Señor Jesucristo. Los hombres la hicieron esclava: tenían sobre ella el derecho de vida y muerte: la hacían luchar desnuda con los hombres en los juegos de la Grecia, y era por todas partes, excepto en el pueblo de Israel, el vil objeto de aquel á quien Dios había puesto como su cuidador y guardador, el cual no hacía otra cosa que lanzarla á los cuatro vientos de la tierra, ó arrojarla en el lodazal y maldecirla.

La flor perdió entonces su belleza y su perfume, y más numerosos que sus pétalos fueron sus espinas, y su caliz fué como un hondo abismo del infierno. Pero Dios más bien que castigar con un nuevo Diluvio á la mujer y al que la empujaba al mal, y al que tan fieramente la trataba, formó una nueva Eva, más perfecta que la primera y aun que los mismos ángeles; otra mujer "bendita entre todas las mujeres, en quien hizo el Señor cosas grandes, y á quien llaman Bienaventurada todas las generaciones y los siglos"; otra Eva á la cual no pudiera engañar Luzbel ni em-

3023  
1895  
Ej: 1

pañarla siquiera con la sombra de la culpa; una Eva, en fin, tan inmaculada como el eterno pensamiento del Dios que la formó. Esta otra Eva fué María, formada solo para salvar con ella al género humano.

Dios no quiso salvar á éste sin la ayuda de la mujer.

Y necesitando para ello hacerse hombre, en vez de formar su cuerpo de barro como el de Adán, ó de la costilla de algún otro hombre como el de Eva, lo formó de la sangre purísima de María, y habitó nueve meses entre el bendito seno de esta, y de ella nació, y se alimentó con la leche divina de sus pechos, y creció á su lado, y la obedeció durante 30 años, y la llamó su madre, y en cuerpo y alma la trasladó á los cielos.

Si Satanás se había valido de Eva para introducir el mal en el mundo, Dios se vale ahora de María para que aplaste con su pié inmaculado la cabeza de Satanás, padre del orgullo, la desobediencia y la mentira.

Y solo por ser mujer su madre, el Dios Hombre, honró á la mujer y se la asoció para que le ayudase en la estupenda obra de libertar al género humano; y por esó sublimó con su amistad á otras tres Marías, especialmente, á María Magdalena, María Jacobo y María Salomé, las que, con otras santas amigas de Jesús, reunieron todo aquello de que podían disponer, y formaron un fondo ó depósito para los gastos del divino Maestro y de sus Apóstoles, á quienes ellas mismas servían y cuidaban.

Ved, pues, cómo fué la mujer y no el hombre quien hizo los primeros gastos materiales de la redención del género humano. ¡Comprendéis, señoras, todo el honor hecho con esto á vuestro sexo!

Y notadlo bién: los hombres ó no merecieron ser llamados á este honor, ó casi en nada contribuyeron para esos gastos durante la vida del Dios Hombre. Por el contrario: un hombre, un Apóstol, Judas, se robaba los fondos destinados para ellos, ó al menos manejaba mal aquel sagrado depósito, suministrado á Jesús por la piedad de la mujer.

Solo después de la muerte del Hombre Dios fué cuando dos hombres, Arimatea y Nicodemus, se mostraron generosos con él obsequiándole 100 libras de aromas, un sudario, una sábana y un sepulcro.

Pero hay más: el Redentor no solo fué alimentado, cuidado y servido por la mujer sino que de boca de ella recibió, también, el primer testimonio público de su divinidad.

Acababa él de hacer un milagro: los fariseos rabiaban contra él, los Apóstoles enmudecían por el miedo; pero Marcella, la compañera de Marta, en un arrebató de fe, de entusiasmo y de amor alzó su voz y ahogando los gritos de los hombres infames que insultaban al Hombre Dios, y protestando del modo más enérgico contra los sacrílegos dirigió al Salvador estas palabras

Donación XI-95-Familia Cock

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que solo podía decir el corazón de una mujer: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos de que mamaste!" \* con cuya aclaraciónregonó, sin temor, la grandeza de la nueva Eva, á la vez que confundió las calumnias atroces de los fariseos, que negaban la divinidad del Hijo de Dios, y combatió anticipadamente á los herejes que después negaron su humanidad.

Cuando el Hijo de Dios fué preso y atado le abandonaron los hombres sus amigos. Sus mismos Apóstoles y discípulos le negaron unos y se escondieron otros. Mas una mujer, Berenice, tuvo el valor de salirle al encuentro, en medio de una turba desenfrenada, de una soldadesca grosera é insolente, á enjugarle el ensangrantado rostro cuando marchaba hácia el Calvario.

Y al pié de la Cruz fueron mujeres y no hombres, si se exceptua á San Juan, las que tuvieron el valor de acompañarle en sus últimos momentos y empapar su cuerpo con su llanto, á pesar de los verdugos.

Y por eso el Hombre Dios á la Magdalena, y á Juana, y á María madre de Santiago, y á las otras mujeres que estaban con ellas se les mostró al resucitar, primero que á ninguno de los once Apóstoles, y conversó familiarmente con ellas, dándoles así una inequívoca prueba de su amor y de su preferencia.

¿Por qué, señoras, toda esta predilección de Jesucristo por la mujer? ¿Por qué tanta bondad con la Samaritana, con la mujer adúltera, con la cananea? ¿Por qué tanto cariño á María y á Marta, en cuya casa se hospedaba casi siempre? ¿Por qué tanto afán por curar á la suegra de San Pedro, á la hemorroisa y á la hija de la cananea? ¿Por qué elojiar tanto el óbolo de la viuda? ¿Por qué dejarse derramar sobre su cabeza, de manos de una mujer, en casa de Simón el Leproso, un vaso de alabastro lleno de unguento de nardo, de mucho precio, y defender á esa mujer cuando un hombre la censuraba su conducta? ¿Por qué dejarse ungrir pies y cabellos de manos de María, la pecadora de la ciudad? ¿Por qué establecer que "el hombre deje á su padre y á su madre y se una á su mujer para que sean dos en una sola carne," y decretar que lo que una vez Dios unió así—no lo separe jamás el hombre, y que el hombre sea marido de una sola mujer, y que no tenga derecho de separarse de ella sino por adulterio más sin poder casarse con otra? ¿Por qué todo esto, señores, en favor de la mujer?

Ah! señores! Es que aquel que hizo á la mujer sabe bien cómo la hizo y cómo templó su corazón. Si le véis á Jesús tanta predilección por la mujer recordad que ella le amó más y mejor que el hombre. Mientras los hombres, aun sus Apóstoles y discípu

---

(\*) Esta mujer reconoció primero que San Pedro la divinidad de J. C. "Si: tu eres el Cristo hijo de Dios vivo", dijo San Pedro, pero estas palabras no fueron tan espontáneas como las de Marcela; pues fueron como exigidas por el mismo Jesucristo.

los, por respetos humanos, por miedo, por cobardía, callaban cuando los Escribas y Fariseos le insultaban; mientras ellos huían y se escondían; mientras algunos no se atrevían á hablar con él sino de noche y como á hurtadillas; mientras ellos le negaban ó le hacían traición; mientras que ellos dudaban y aun se escandalizaban de lo que él les decía sus santas amigas tuvieron suficiente valor para confesarle públicamente; y cuando ellos le acusaban ellas le defendían; y cuando blasfemaban ellos contra él le bendecían ellas; y cuando ellos le insultaban ellas le adoraban; cuando ellos le llamaban Beelsebut ó Demonio ellas gritaban alto que El era nada menos que el Hijo de Dios. Dios mismo, y se gloriaban de ser los primeros Confesores, Apóstoles y Evangelistas de su doctrina.

¡Qué espontaneidad, qué docilidad, qué fortaleza, qué entusiasmo en esas santas mujeres para amar, confesar y servir á su divino amigo Jesucristo!

¡Qué fe tan debil, tan enferma, tan tímida, tan vacilante, con raras excepciones, la de aquellos hombres, aun la de los Apóstoles!

¡Qué contraste! El *sexo fuerte* todo debilidad y cobardía y el *sexo debil* todo poder y fortaleza!

¿Podríaís explicar esto señores? ¿Podríaís decirme cómo pudo suceder que fueran mujeres, y unas pobres mujeres, mas bien que hombres, los que más y mejor le ayudaron á Jesús con su dinero, su entusiasmo y su influencia á redimir la humanidad? Yo me atrevo á aseguraros que fueron las mujeres las que, con más inteligencia ó penetración que los hombres, conocieron primero á Jesucristo como el hijo de Dios vivo, y que por eso le amaron más y le sirvieron mejor.

Es, S. S., que, como dice un escritor católico contemporáneo; “más y mejor se conoce á Jesucristo con el corazón amándole que con el entendimiento discuriendo acerca de él: cuando se le cree amándole y se le ama creyéndole todo se hace fácil, y se juzga el hombre feliz en poderlo dar todo, aun la misma vida, por amar, por confesar á Jesucristo.”

Y aquí tenéis, S. S., con esto solo rehabilitada ya á la mujer, y grande y muy grande á los ojos de Dios y de los hombres. Una mujer, Eva, había “introducido el pecado en el mundo y con el pecado la muerte.” Pero otra mujer, María, introdujo la gracia y con la gracia la vida. Si la una fué la madre de Cain, la otra fué la madre de Jesucristo. Por una Eva una María. Por una mujer culpable la inmaculada María, madre de Dios.

Y con María, S. S., empieza una nueva época para el mundo, una nueva vida para la mujer. Por la muerte de Jesús vive esta; pero vive para reparar los males de que se la acusa, y para continuar juntamente con la Iglesia, la obra de la Redención, la salvación del mundo.

La sangre de Jesús cayó sobre su frente manchada por el

vicio, y le quitó su inri de baldón, y le ciñó una corona de reina. Abridle paso, S. S., é inclinaos y descubrios ante ella, que ya no es la esclava de los tiempos paganos sino la compañera fiel y constante de Jesucristo, su cooperadora en la obra de la Redención, su amiga fidelísima.

Si: dejémosla pasar, S. S., y con el mismo Espíritu Santo saludémosla así:

“El que ha hallado una mujer buena halló un gran bien y recibió del Señor un principio de alegría.

“La mujer santa y llena de pudor es una gracia que excede á toda gracia.

“No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler á esta alma casta.

“Lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa.

“Es cosa que no tiene precio una mujer discreta, y amante del silencio, y de ánimo modesto.

“La buena educación de la mujer es un don de Dios.

“Es una suerte dichosa la mujer buena, suerte que tocará al que teme á Dios, y que le será dada al hombre en premio de sus buenas obras. Ora sea rico, ora sea pobre tendrá contento el corazón.

“Dichoso el marido de una mujer virtuosa.

“La gracia de la mujer hacendosa alegra al marido y le llena de jugo los huesos.

“El que tiene una mujer vigilante establece su casa, tiene en ella una persona que se le asemeja y le ayuda, y un firme apoyo donde descansa.

“La mujer fuerte es el gozo de su marido, porque le hará pasar en paz todos los años de su vida.

“El marido de una mujer buena es dichoso, porque el número de sus años se multiplicará doblemente.”

Os dije hace poco, S. S., que J. C. había rehabilitado á la mujer para que ella reparase los males que había causado y para que le ayudase á regenerar y salvar al mundo.

Por más que según el plan divino sean el Papa, y los Obispos, y los Doctores, y los Sacerdotes los encargados más inmediata y directamente para extender el reinado de Jesucristo y salvar la humanidad no es menos cierto que la mujer católica ha sido, es y será el gran auxiliar de la Iglesia y del clero para continuar la obra de la Redención del mundo ó, en otros términos, para civilizar á los hombres y encaminarlos al cielo.

En efecto: veámosla trabajando en compañía de los Apóstoles, propagando con estos la nueva doctrina y viajando con ellos por todas partes. Ved á S. Pedro y á S. Pablo valiéndose del celo de sus amigas para derramar por el mundo el Evangelio.

En la ciudad de Joppe se distinguió Tábita como discípula y

coadyutora de ellos y por sus buenas obras y limosnas.

En Roma convierte S. Pedro á Priscila, esposa del Senador Pudente, y á sus dos hijas Pudenciana y Praxedes; á su vez convierten ellas á muchos romanos de uno y otro sexo.

Al llegar S. Pablo á Filipos no empieza su apostolado sino por medio de las mujeres, y su plan le dió felicísimos resultados, pues en todas las demás misiones las mujeres llenas de fe, de caridad y de celo le ayudaron eficazísimamente, distinguiéndose Lidia, mujer principal y rica, Priscila que instruyó en la religión á Apolo, aquel celebre y celoso compañero de San Pablo, y Santa Febe á quien él le confió la remisión de su carta á los romanos; y las santas Evodia, Sintique y Tecla, sin las cuales no habría hecho tan rápidos progresos la religión de J. C. en las regiones que S. Pablo evangelizaba.

Orígenes, S. Juan Crisóstomo y Aymón nos hablan de "muchas mujeres de esta misma época que eran ministros de la Iglesia y que por su celo habían llegado á merecer el glorioso título de Apóstoles; que continuaban del modo que podían hacerlo la obra de los Apóstoles y de los Evangelistas; y que predicaban, por las casas especialmente, á las personas de su sexo."

Es verdad que San Pablo les había prohibido que enseñaran dentro del templo. *Mulieres in Ecclesia taceant.* Pero fuera de él les permitió la enseñanza y aun la predicación.

¡Qué actividad no desplegaron entonces para la propagación del cristianismo! Cuéntase de Santa Pudencia que una vez le presentó al Papa San Pío 96 hombres y mujeres convertidos por ella sola y tan bien instruidos en la nueva Religión, que al momento les bautizó el Pontífice.

¿Y quién sería capaz de contar todo lo que ellas hicieron por los mártires de la fe mientras éstos estaban en sus prisiones, ó en sus destierros, ó en sus escondites, especialmente en las catacumbas? ¿A quiénes sino á ellas les debemos el conservar los huesos de una gran parte de esos mártires y las noticias que tenemos de su vida?

Sin embargo de que los verdugos las prohibían acercarse á las cárceles, ellas burlaban, sin embargo, sus prohibiciones para poder socorrer con el pan del cuerpo y con el pan del alma, es decir, con la Eucaristía, y con sus consuelos á los confesores de Jesucristo, en aquellas hediondas y peligrosas cárceles.

La historia, señores, guarda con religioso reconocimiento los nombres de Flavia, Domitila, Martina, Susana, Cecilia, Prisca, Lucina, Anastasia y Natalia, como protectoras de aquellos santos mártires, cuyos restos guardaban para ellas y para la Iglesia universal.

¡Cuántas ilustres cristianas se cortaban sus cabellos y cambiaban su traje de matronas por el grosero vestido de los esclavos solo por tener la facilidad de penetrar á las cárceles á servir y consolar á los confesores de Jesucristo!

Santa Natalia fue la primera que se vistió de hombre para servirles á los presos, y Santa Priscila la primera que construyó, y á su costa, un cementerio para los cuerpos de los santos mártires.

Santa Serena, mujer del Emperador Diocleciano, convertida á la fe católica, que se veía obligada á profesar secretamente en el Palacio Imperial, se dirigió por la noche á la casa en donde había sido degollada Santa Susana, y con su velo de reina enjugó y recogió la sangre de aquella mártir, sangre que guardó en una caja de plata y colocó en su gabinete para orar delante de ella. Además, envolvió el cuerpo de Santa Susana en finísimos lienzos y le sepultó en las catacumbas. Y la misma conducta observaban las nobles matronas Felicitas, Florencia, Máxima, Plautila, Eusebia, Octavila, Irene y otras muchas.

¡ Y qué dirémos, señores, del valor con que todas esas mujeres sufrieron el más terrible y prolongado martirio por amor á Jesucristo ? Bástame citaros los nombres de las santas heroínas Inés, Emerenciana, Eulalia, Cecilia, Constancia, Sótera, Segunda, Martina, Tecla, Agueda, Lucía, Victoria, Teodora, Teófila, Catalina, Felicitas, Perpetua, Teonila, Marta, Teopista, Sinforosa, Blaudina, Potamiana y tantas otras cuyas vidas nos cuenta la Historia.

¡ Habéis leído las vidas de los Santos Padres de la Iglesia ? Sabéis quiénes fueron San Atanasio, San Gregorio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gerónimo, San Ambrosio, San Gregorio el Grande, San Isidoro de Sevilla, ? “Lo que son en el Cielo comparados con las estrellas el sol y la luna eso son estos sabios, estos santos comparados con nosotros.” Su grandeza eclipsa las demas grandezas humanas. Su sabiduría oscurece las otras sabidurías como el sol oscurece á los relámpagos.

Pues bien : esos santos Padres debieron su grandeza, y su sabiduría, y su santidad, y el ser hoy columnas de la Iglesia á sus madres, santas mujeres, eminentemente católicas. Leed si no la vida admirable de S. Atanasio y comprenderéis fácilmente estas bellas palabras de su madre : “Yo quiero, con el auxilio de Dios, hacer de este hijo único que El me dió el hombre de la Iglesia. Se propuso educar á su hijo para ésta, y lo consiguió á maravilla. ¡ Qué mujer !

San Gregorio Nacianceno, el oráculo de los obispos, el alma de los Concilios, fue hijo y hechura de Santa Noua. Apenas nacido le puso ella en sus manos la Biblia, y el Nacianceno fue después el intérprete más sabio de las Sagradas Escrituras, un angel de pureza, y un Doctor de admirable santidad.

San Basilio, prodigio de inocencia y de penitencia, pozo de ciencia sagrada y profana, héroe de celo y de fortaleza, fué obra de su madre Emilia y de su tía Santa Maerina, que le instruyeron en la fe y en la piedad. Su maestra de estudios fué, además de su tía, su hermana, (llamada también Maerina) que después fue mon-

ja. La madre de Basilio, después de viuda, fue monja del mismo monasterio, y de los diez hijos que había tenido de su marido, algunos fueron Obispos y todos diez santos admirables.

S. Juan Crisóstomo, llamado el *Boca de Oro*, por su elocuencia, tuvo por maestra á su misma madre Antusa que, á pesar de su pobreza, nada omitió para educar á su hijo del modo más completo.

S. Agustín, vosotros lo sabéis muy bien, S. S., fue hijo de las lágrimas, oraciones y enseñanzas de Santa Mónica.

S. Gerónimo llegó á ser muy profundo en las santas Escrituras debido, en gran parte, á Santa Paula, á Eustoquia y á algunas otras mujeres amigas, que constantemente le comprometían á darles explicaciones acerca de ellas.

S. Ambrosio es obra de su santa madre y de su hermana. Sus dos hermanos Satiro y Marcelina fueron también educados por su madre, y además santos. S. Ambrosio, S. S., es el autor de estas hermosas palabras, que aún no hemos imitado lo bastante: "Si se consigue reformar á las mujeres con esto sólo se habrá reformado ya á los hombres."

S. Gregorio, llamado *el Grande* por su nobleza, su elocuencia, su doctrina, su Pontificado y su santidad, fue educado por Santa Silvia, su madre, que hizo también, un santo de su marido Gerolino, rico Senador de Roma.

S. Isidoro de Sevilla, martirio de los arrianos, apóstol de los bárbaros, columna de la Iglesia y autor de una Enciclopedia de todos los conocimientos humanos debió su sabiduría y su santidad á su sabia y santa madre Teodora, que tuvo estos cuatro hijos, también grandes santos: S. Leandro, Arzobispo de Sevilla, S. Fulgencio, Obispo de Cartagena, Santa Florentina, fundadora de muchos monasterios de vírgenes, y santa Teodosia reina, esposa de Leovigildo y madre del glorioso mártir de la fe católica San Hermenegildo, rey de España.

Doña Blanca, S. S., gloria de España y bellissimo modelo de la madre católica, hija de Alfonso V Rey de Castilla, casó con Luis VIII, Rey de Francia, y fue madre de S. Luis, célebre Rey de esta noble nación. Pues bien: S. Luis, S. S., debió su santidad y su gloria á su madre D<sup>a</sup> Blanca, quien con mucha frecuencia le repetía estas palabras: "Luisito de mi corazón! Dios sabe cuánto te quiero: sin embargo, más bien quisiera verte muerto en mis brazos que con algún pecado mortal y en desgracia de Dios"; y S. Luis, S. S., debido á estas bellas palabras, repetidas mil veces por su madre, no cometió nunca ningún pecado mortal! Qué mujer! Qué madre!

Decía el célebre Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas: "Los reinados de las santas Reinas han sido los más grandes, los más brillantes, y aún los más felices entre los reinados más célebres en la Historia"

“Los reinados de los hombres, dice otro escritor católico, son muchas veces malos porque dejan que bajo su nombre reinen las mujeres malas; y los reinados de las mujeres buenas son buenos ya por las virtudes que tienen para gobernar bien como buenas madres, que miran á todos sus vasallos como hijos, ya también, porque se valen de los consejos y auxilios de los hombres virtuosos y valientes.”

Como prueba de esto yo no os citaré, S. S., ni á las santas Emperatrices Elena, Teofania y Teodora, ni á las santas Reinas Clotilde, Margarita de Escocia, Margarita de España y Radegunda, ni á Santa Heduvigis Duquesa de Polonia, ni á Isabel la Católica, la inmortal Reina de España, por quien Colón descubrió la América, ni á muchas otras que podría citaros como modelos de Reinas y de Jefes de naciones. Me basta citaros solamente á Santa Pulqueria, hija y hermana de Emperadores, adornada por Dios con el dón de sabiduría desde sus mas tiernos años. “Gobernó su imperio de Oriente, dice un historiador suyo, con la misma prudencia con que había gobernado su casa cuando haciendo las veces de madre con sus hermanos puso el mayor cuidado en instruir á estos en la Religión y en las buenas costumbres.

Fue ella quien educó á su hermano Teodosio *el joven*, de quien hizo un verdadero cristiano y un Emperador modelo.

Todo era admirable en ella, tanto su inteligencia como su corazón: tan sabia en todos los conocimientos humanos como en las leyes divinas, que cumplía á lo que se le exigía.

Ella fue quien le trazó á su hermano, el Principe Teodosio, su plan de estudios y ejercicios en la Gramática, Literatura, Historia y Filosofía, y en la difícil ciencia del gobierno. Ese plan, que parecia el de un sábio y experimentado Doctor, lo trazó ella cuando apenas tenia 16 años de edad. Ella misma llamó á los más sabios y acreditados maestros del Oriente para que lo ejecutasen, y estos lo ejecutaron bajo su dirección y como ella lo exigía.

Mas en cuanto á la Religión, á las costumbres y al difícil arte de gobernar ella fue su única maestra, no permitiendo nunca que otro lo fuese en estos asuntos; y el discípulo fue digno de su maestra.

Subió Teodosio al trono y quiso que su hermana Pulqueria reinase con él para que le ayudase y dirigiese. ¡Qué reinado tan feliz mientras ella tuvo intervención en el gobierno! Pero cortesanos envidiosos y aduladores persuadieron á Teodosio á que reinase él solo, y Pulqueria descendió del trono llena de satisfacción, á encerrarse con sus hermanas en un monasterio, en donde se entregó con ellas á la oración, á la penitencia y á la caridad.

Mas apenas abandonó Pulqueria el Palacio imperial desaparecieron del imperio el orden, la paz y la felicidad; el gobierno de Teodosio se desprestigió y los bárbaros amenazaron destruirlo.

Espantado Teodosio volvió á llamar á su hermana y le entregó el poder. Todo cambió de aspecto al instante. Fuerte Pulqueria con su fé en Dios desplegó celo, energia y valor, é intimidó la rebelión.

Como otra Débora se puso al frente de los Ejércitos y su presencia, devolvió el valor á los soldados, y los enemigos retrocedieron, y los abusos cesaron, y el órden y la justicia se restablecieron, y el vicio ocultó su faz, y la heregía huyó, y la Iglesia y el Imperio recobraron su tranquilidad y felicidad perdidas.

Murió Teodosio poco tiempo después, y cuando el heresiarca Eutiques y el malvado Crisapio agitaban el Imperio Pulqueria fue declarada Emperatriz, y al momento fué entregado Crisapio á los Magistrados para que le juzgasen. Se casó con Marciano, personaje ilustrado, valiente y religioso, á fin de tener un compañero fiel que le ayudase en el gobierno de su Imperio; pero antes le hizo firmar con juramento que le habia de dejar guardar el voto de virginidad que le habia prometido á Dios y que á todo trance queria conservar por toda la vida. Y así hizo ella de su esposo un ángel por las costumbres, el padre de los pueblos, y el sostén de la fe católica.

Se repartieron entre los dos los negocios. Marciano cuidaba de la administración y de la guerra y Pulqueria de la Religión y de las obras de caridad. Y Dios bendijo sus trabajos. Y jamás la Iglesia fue más libre ni el Imperio más dichoso. Los impuestos odiosos fueron abolidos, y la virtud recompensada. Este reinado de Santa Pulqueria fue llamado la edad de oro del Imperio de Oriente.

La Historia eclesiástica, de la cual tomamos todas estas noticias, elogia mucho á Santa Pulqueria por su gran protección á los Obispos desterrados y á los sacerdotes perseguidos á causa del gran cisma de Oriente en aquellos tiempos, y por haber hecho cesar éste y triunfar la Religión. Y dice la Historia que: "en el Papa San León, en Pulqueria y en Marciano habia un solo espíritu en tres personas, y que los tres serán eternamente el modelo de la perfecta armonía que debe haber siempre entre la Iglesia y el Estado, para el mayor bien de la una y del otro."

Santa Pulqueria logró la reunión de dos grandes Concilios, el de Efeso y el de Calcedonia. A ella se le debe, en gran parte, el sublime y magnífico título de *Madre de Dios*, que la Iglesia le dió desde entonces á la divina María, para defender á esta de las blasfemias de los Nestorianos.

Y fue uno de esos Concilios, el de Efeso, protegido por Santa Pulqueria, quien nos enseñó desde entonces estas palabras: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte," con las que invocamos á María y le elevamos nuestros ruegos. "De este modo, continúa el historiador de Santa Pulqueria, dispuso Dios en su admirable Pro-

videncia que la más grande dignidad de la Virgen María, la de *Madre de Dios*, le fuese conservada intacta por el celo de una Virgen, que guardó virginidad perpetua en su matrimonio, a imitación de la esposa de San José." ; Qué gloria, S. S., para la mujer! ; Qué gloria!

Pulqueria, S. S., fue un modelo de todas las virtudes. Murió á los 54 años de edad (\*) y jamás muerte alguna exitó un sentimiento más profundo, más sincero ni más universal. La Iglesia creyó perder en ella uno de sus más vigorosos adalides y el Imperio de Oriente su sostén y su gloria. Todos los santos Padres y escritores contemporáneos hicieron de ella los más grandes y merecidos elogios. Ningún Príncipe cristiano hizo más por la Religión católica que santa Pulqueria, ni recibió testimonios más brillantes por parte de la Iglesia. Los Padres del Concilio de Calcedonia la proclamaron unánimemente *la guarda de la fe, la conciliadora de la paz y el azote de los herejes*.

Pulqueria, S. S., es un admirable modelo de la mujer como hija, como esposa, como Reina.

Hé aquí una mujer virgen y esposa, devota y grande, justa y caritativa, firme y discreta, modesta, y sublime. Hé aquí una mujer que reúne en sí, en el más alto grado, los encantos de la joven y el valor del guerrero; la delicadeza de conciencia de una alma piadosa, y la decisión de un gobernante, de un hombre de Estado; todas las virtudes del claustro y todas las glorias del poder; una mujer, en fin, en la cumbre del mando; hija dócil de la Iglesia, que vivió como una gran santa y que gobernó como la más prudente Reina.

Pero acaso me diréis, S. S., que me falta en este cuadro hablaros de la mujer como madre, ya que Pulqueria no tuvo hijos sino los mil pueblos que gobernaba y á los que amaba como madre tierna. Mas, previendo este reparo, voy á presentar á vuestra consideración las virtudes de Santa Juana Francisca Chantal, modelo de hija, de esposa, de madre, de viuda y de Religiosa: Esta mujer como soltera fue virgen purísima; como esposa fue la mujer fuerte de la Biblia; como madre fue sumamente tierna y amante de sus hijos; como viuda fue castísima hasta el heroísmo; y como Religiosa un ejemplar sin rival de perfección.

Muy niña todavía, dice uno de sus historiadores, perdió á su madre; y como su padre no pudiese, á causa de sus cargos públicos, continuar su educación la confió, al efecto, á su hija mayor ya casada, en cuya casa la niña, firme en su propósito de conser-

Murió el año 453, después de haber fundado y dotado muchos hospitales y monasterios, y edificado Iglesias magníficas, entre ellas tres dedicadas á la Virgen María.— En su testamento dejó todos sus bienes á los pobres.

var intacto el depósito de su fe y la flor de su virginidad, hizo frente con la mayor resistencia, y arrojó fuera de la casa á una antigua criada, que de mil modos intentaba atraerla á las vanidades y pompas del mundo. He aquí un modelo de hija.

Después de este suceso volvió á la casa de su padre, quien á la edad de 20 años la dió en matrimonio al Barón de Chantal, caballero dotado de las más excelentes prendas así de cuerpo como de espíritu. En este estado su primer cuidado fue ganarse el afecto de su esposo por medio de su dulzura, de su afabilidad y de un completo rendimiento al que reconocía por cabeza y jefe de la casa. Después hizo de esta y de sus dependientes un perfecto monasterio, en el que los domésticos, concluidas sus tareas respectivas, se reunían en un oratorio á practicar sus ejercicios religiosos, á los que asistía Juana como el alma de aquella comunidad. A este género de vida se hallaba tan devotamente consagrada, sin faltar á sus deberes de esposa y de madre, que ni lo florido de su edad, ni su rara hermosura, ni sus muchas riquezas, ni la costumbre y el ejemplo de las de su clase fueron jamás bastante poderosos para separarla de él; antes bien, como mujer cristiana se aplicó toda entera á cumplir con los deberes cristianos de su estado matrimonial.

Había pasado la Baronesa de Chantal felizmente ocho años en la más completa armonía con su esposo, y Dios la probó, privándola para siempre de su amable compañía, del modo más trágico y más sensible. Herido casualmente su esposo en una cacería por un amigo suyo, murió á poco tiempo, y Juana Francisca sufrió tan terrible como inesperado suceso con la mayor resignación cristiana; llevando su generosidad para con el causante de esta desgracia á tal punto que se constituyó en madrina de pila de un hijo de éste. Hé aquí un modelo de esposa.

Con la muerte de su esposo quedó Juana Francisca sola, con sus cuatro hijos pequeños. Libre, pues, de los lazos del matrimonio, se consagró toda al cuidado y educación de estos y á la santificación de sí misma. Desde entonces hizo voto de castidad, el que no quebrantó ni con las vehementes tentaciones que en sí misma experimentaba, ni por las halagüeñas ofertas que su padre y toda la familia la hicieran sobre un casamiento ventajosísimo con un caballero noble y rico, quien para más asegurarlo prometía la mano de sus dos hijos para las dos hijas de Juana. Todo lo despreció ésta; y para más afianzarse en su propósito, llegó al extremo de mandar fabricar una lámina de hierro en la que estaba inserito el sagrado nombre de Jesús, y cuando la tuvo la puso al fuego, y ya candente se la aplicó á su pecho para imprimir en éste el nombre augusto de su nuevo esposo Jesucristo.

Entre tanto, su virtud favorita era la caridad para con los enfermos. Todo el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de

la educación de sus hijos y el cuidado de los negocios domésticos, lo empleaba en la asistencia de los enfermos, á quienes consolaba espiritualmente y les aplicaba con sus propias manos las medicinas que reclamaban sus dolencias; á cuyo efecto tenía en su casa gran provisión de ellas; y á veces ella misma lavaba y curaba sus llagas, y postrándose delante de ellos, reconocía en sus personas á su divino Salvador. Así vivió hasta que su santo amigo, el gran San Francisco de Sales le entregó las Reglas de una Congregación Religiosa llamada de la *Visitación*, de la que fue fundadora. Hé aquí un modelo de la madre y de la vida.

Gran lucha tuvo que sufrir la santa para dar principio á su nueva vida. Su padre que se resiste y hace esfuerzos increíbles para estorbarlo; el arreglo de sus cuantiosos intereses, pues era muy rica; sus parientes que se burlan de su resolución; sus hijos que derraman lágrimas por la separación de su madre; y más que todo el acto tierno é imponente de uno de ellos, que se atraviesa en la puerta, se arroja en el suelo y obliga á la madre, antes de salir, á que pase por encima de él. Todo esto constituye un duro y prolongado martirio para Juana, que padece y sabe vencer toda suerte de obstáculos, llevada del espíritu divino que la llama á la soledad y al retiro.

En el claustro fue la santa una regla viva de su santo instituto, y todas las Religiosas podían aprender de ella todas las virtudes que debían practicar en la Religión; pero la virtud en que más se señaló fue, sin duda, la santa *fraternidad*, que quiso fuese como el alma de su Comunidad. Por tanto, ejerciendo el oficio de Superiora se consideraba como la mínima de todas, teniendo de sí misma el más bajo concepto.

Resplandeció igualmente en esta sierva de Dios una singular paciencia. En el discurso de su vida visitóla Dios con frecuentes y graves enfermedades; pero ella lejos de quejarse, ni aun con la más ligera expresión, decía: "Si, Dios mío! ¡Haced que padezca esta vuestra sierva, demasiado delicada y sensible!" ó bien: "¡Cuán poco es lo que padecemos, respecto de lo que Jesucristo padeció por nosotros!" Hé aquí un modelo de la perfecta Religiosa.

Pulqueria, Señoritas, y Juana Francisca Chantal son estrellas de primera magnitud en vuestro cielo. ¡Seguidlas como los Magos á la estrella del Oriente!

Ya veis, pues, Señoritas, cuán grande es la mujer católica. ¿No os sentís con el corazón dilatado de júbilo al recordar vuestra grandeza, debida á la Iglesia y al clero? Después de la divina María ¿no son glorias vuestras, Pulqueria, la augusta Reina de Oriente; la Chantal, cuyas virtudes acabo de trazaros; Gertrudis la Magna, sábia Abadesa de la Orden de San Benito; Santa Clara de Asís, Santa Teresa de Jesús, de quien se dice que nos enseñó á hablar, á vivir y á morir; Santa Catalina de Sena, Juana de Arc,

la Santa Doncella de Orleans, orgullo de la Francia, y mil otras, cuyos nombres y virtudes omito consultando brevedad?

S. S: si el nuevo Adán, Jesucristo, es el Redentor del género humano, la nueva Eva, María es, también, su Redentora. “ Desde que María, dice Darce, al pié de la Cruz de su Divino Hijo, fue designada por éste Madre de todos los hombres, la mujer ha desempeñado un importantísimo papel en la regeneración del mundo por medio de la Iglesia. Vedla, siempre asociada á los trabajos de los Apóstoles y de sus sucesores, de diferentes modos, ó como cooperadora por un concurso directo, como se lee de San Francisco de Asís y de Santa Clara, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y de San Francisco de Sales y Santa Chantal, y de muchos otros que fundaron con ellas órdenes religiosas docentes, destinadas á sostener en este mundo extraviado la primitiva observancia del Evangelio; ó por un concurso indirecto, pero de no menos influencia, propagando y fortificando la verdadera piedad en el seno de la familia por medio de saludables avisos y de virtuosos ejemplos.

¡ Cuán grande, sublime y divino es el apostolado de la mujer católica!

El origen de la mujer, es, S.S., más noble que el del hombre, según el Génesis: porque el hombre tuvo su origen de la tierra inanimada, mientras que la mujer fue formada de la sustancia ya animada del hombre.

La mujer es, lo mismo que el hombre, la obra de Dios. Formada para ser la compañera del varón, no fué formada ni de la cabeza ni de los pies de éste sino más bien de una de sus costillas, es decir, de su corazón; y por eso ella es, como lo dijo el mismo Adán al verla á su lado, hueso de sus huesos, carne de su carne, corazón de su corazón, alma de su alma, y principio y fuente con él, de por mitad, por iguales partes, de todo el género humano; es toda la mitad del hombre no un pequeño pedazo despreciable.

Hé aquí, S.S., por qué, como dice el Apóstol S. Pablo, “ la mujer es la gloria del hombre; ” hé aquí por qué “ él debe amar á su mujer con un amor tan grande como aquél con que J. C. ama á su Iglesia, por la cual dió él su vida; ” hé aquí por qué “ desde que una mujer tuvo el honor de ser la madre del Salvador y cuando ningún hombre tuvo el honor de ser su padre, su verdadero padre, la gloria de la mujer es infinitamente más grande que la del hombre ” (\*).

Pero ¿ por qué fatalidad el hombre se ha convertido más ó menos cruelmente en amo y jefe, en dueño, y señor en tirano y verdugo de la mujer, casi por todas partes? ¿ De dónde ha sacado

(\*) 1<sup>a</sup> Corintios—XI 7—Id—VII 14—Efes. V—25.

el hombre que él es superior á la mujer en ningún sentido? ¿Con qué derecho la humilla, y la esclaviza, y la considera sólo como un instrumento de placer ó como una simple cosa?

Por la sencilla razón, se me responderá, de que Dios mismo, en el Paraíso, según el Génesis, la condenó á estar bajo la potestad del varón: *Sub viri potestate eris*; por que si Dios no hubiese reconocido la superioridad del hombre sobre la mujer no habría colocado esta bajo la dependencia de aquél. Contestaremos á este argumento.

En primer lugar, y como observa el sábio Padre Feijóo, el sentido claro y preciso de este texto aún no se sabe con certeza, por la variedad de las traducciones que se han hecho de él y por no haberlo fijado todavía una decisión de la Iglesia.

“Pero, admitiendo que el verdadero sentido establece la dependencia política de la mujer; dice el mismo Padre Feijóo, tal sujeción y dependencia fue una pena aplicada por Dios á Eva por su pecado pues antes de éste no estaba ella sujeta á Adán. Al menos al formar Dios á Eva no le intimó esta sujeción. Luego esta sujeción podría explicarse respecto de Adán no por ser este superior á ella sino por haber sido ella la que le indujo á desobedecer á Dios y la que causó su desgracia.

“Tampoco, añade Feijóo, supone superioridad de talento en el varón el haberle dado Dios desde el principio superioridad gubernativa sobre la mujer. La razón es por que aunque sean iguales los talentos, es preciso que uno de los dos sea primera cabeza para el gobierno de la casa y la familia: lo contrario sería confusión y desorden. . . . Entre marido y mujer no sólo sería imperfecto el gobernar la casa igualmente sino imposible; porque en caso de oponerse el uno al dictamen del otro no se podría determinar cuál de los dos es superior. Pero ¿porqué habiendo de ser superior el uno, siendo iguales los talentos, quiso Dios que lo fuese el hombre más bien que la mujer? Pueden discurrirse varios motivos, como el ser el hombre más fuerte y constante que la mujer; porque estas virtudes convienen para tomar resoluciones convenientes y sostenerlas después de tomadas, venciendo en uno y otro caso los estorbos de temores, hijeros y vanos; pero es mejor decir que ignoramos la mayor parte los motivos de las divinas resoluciones.

“¿Será que la mujer, por punto general, es más viciosa que el hombre? Pero ¿cómo componen esto los hombres con darle la Iglesia al sexo femenino el epíteto de *devoto*? ¿Cómo con lo que dicen gravísimos Doctores que se salvarán más mujeres que hombres aun atendida la proporción al mayor número de ellas? Lo cual no fundan, ni pueden fundar en otra cosa que en ser ellas, generalmente hablando, más inclinadas á la piedad que los hombres.

“No niego los vicios de muchas. Mas ay! si se aclarara la

genealogía de sus desórdenes ; cómo se hallaría tener su primer origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo ! Quien quiera hacer buenas á todas las mujeres convierta á todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza contra todas las baterías del apetito, y rarísima vez se le abre á esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.

“Las declamaciones contra las mujeres que se leen en algunos escritores sagrados se deben entender dirigidas á las perversas, que no es dudable las hay. Y aun cuando miraran en común al sexo, nada se prueba de ahí ; porque declaman los médicos de las almas contra las mujeres, como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que se ignora la extensión que admite la oratoria en ponderar el riesgo cuando es su intento desviar el daño . . . . .

“Si Eva fue la causa de la pérdida de Adán—y por eso se la supone inferior al hombre, ó peor que el hombre, entonces se podría suponer, también, que los ángeles, tomados en común, son peores que las mujeres ; porque si Adán fue inducido á pecar por una mujer, la mujer fue inducida por un ángel. No está hasta ahora deducido quién pecó más gravemente, si Adán ó Eva ; porque los Santos Padres no están de acuerdo en esto. Y en verdad que la disculpa que da Cayetano á favor de Eva de que fué engañada por una criatura de muy superior inteligencia y sagacidad, circunstancia que no concurrió en Adán, rebaja mucho respecto de éste el delito de aquélla.

“En la sentencia común de los filósofos todas las almas racionales—en su perfección física son iguales ; y aun en el caso que las almas sean entitativamente desiguales ¿cómo nos probarán ó nos harán creer que Dios escoge las mejores para los hombres, dejando las menos perfectas para las mujeres ? . . . . Bien pueden estarse firmes las mujeres que dicen que el alma no es varón, ni hembra, porque dicen bien.

“En todas las etapas de la humanidad, dice Debay, fué la mujer objeto de un sinnúmero de críticas y de sátiras, más ó menos apasionadas ; hásele deshonrado y calumniado y sus detractores, al poderlo, borraránla de la familia humana. En todas esas sátiras, escritas por hombres desautorizados, amantes corridos, ó viejos engañados, si bien es cierto que se encuentran algunas verdades tampoco faltan las exageraciones. La mujer es ni más ni menos, lo que el hombre ha querido que sea : los defectos que se le echan en cara son debidos, en gran parte, á las tonterías de los hombres. En una sociedad donde son viciosos los hombres, las mujeres, también, se vuelven viciosas : las leyes del contagio se aplican tanto á la parte física como á la moral del individuo . . . . .

“Las mujeres están repletas de vicios, de defectos, de im-

perfecciones ocultas, según dicen algunos hombres; empero ellos se defienden y devuélvenles la oración por pasiva, y con justicia. En efecto: si bien es verdad que algunos atrabiliarios egoístas y desechados se han ensañado contra el bello sexo, escribiendo mil groseras tonterías, en cambio un sinnúmero de autores distinguidos justificaron las de esas falsas acusaciones enalzando á la más preciosa mitad del género humano. . . . .

“Partiendo del principio de la conformidad y de la homogeneidad cerebral en ambos sexos, la mayor parte de los fisiólogos reconocen en la mujer una aptitud intelectual *igual* á la del hombre, de donde resulta que ella puede llenar todos los empleos, exceptuando sólo aquellos que son contrarios á la naturaleza de su constitución. Empero, debemos decirlo en bien de la mujer: ésta sobrepuja al hombre por la vivacidad de su concepción, por su prontitud en discernir, y aprende sin estudio lo que el hombre no aprende sino con mucho trabajo. Nos parece inútil el hacer resaltar que todas las mujeres no son aptas como los hombres para las artes y las ciencias; empero si nos fijamos en la disposición igual de ambas partes, ó si se impulsara á la mujer por el camino de las artes, como al hombre, es muy probable que, cuando menos, sería tan hábil como él. Por lo tanto, si las mujeres son inferiores á los hombres bajo ese respecto, débese ésto á la educación rutinaria que se les da, pero no á su falta de aptitud.

“¿Es acaso fundado el reproche de ligereza, de inconstancia y volubilidad que se dirige á la mujer? Si, tratándose de ciertas cosas, de ciertos objetos, tales como cintajos, joyas, aderezos, modas, bailes, teatros &ª; empero, en lo tocante á las cosas de sentimiento, á los afectos del corazón, nuestra respuesta es: ¡No! En efecto: démonos la pena de consultar los fastos del amor, de la ternura filial y maternal, de la abnegación conyugal, y adquiriremos la certeza de que por cada mujer inconstante y egoísta existen millares de hombres manchados con esos vicios. La ingratitud de la hija hacia sus padres es bastante rara, mientras que la ingratitud de los varones es, por desgracia, harto común. La indiferencia de la mujer para con sus hijos es tan excepcional que se la considera como una monstruosidad: ¿podría decirse otro tanto de los hombres? Finalmente, en los casos de inconstancia de la mujer, si nos remontamos á las fuentes descubriremos que casi siempre es el hombre la causa ocasional. Otro tanto acontece con los celos; poco abundan las mujeres celosas, mientras que talvez no existe un hombre que no haya sentido, siquiera una vez en su vida, el aguijón de los celos corroerle las entrañas.”

“La pretendida incapacidad de las mujeres para las grandes cosas, dice Caffiaux, sus supuestas imperfecciones, no son otra cosa que lugares comunes en que los hombres apoyan sus argumentos en favor de su falsa preeminencia. No sólo se rebaja el mérito

de las mujeres, sino que también se mira sus faltas con microscopios.

“Esas faltas que se reprocha á las mujeres, ó son comunes á los dos sexos igualmente, ó no; si ellas lo son igualmente y tanto hay que reprender en el uno como en el otro sexo, como no puede dudarse, cualquiera de los dos que acuse al otro le acusa contra la equidad natural.”

“Concluyamos, dice Feijóo, satisfaciendo á un reparo que se podrá formar sobre el asunto; y es que persuadir al género humano de la igualdad de ambos sexos en las prendas intelectuales no parece que trae utilidad alguna al público, antes bien le ocasionará algún daño, por cuanto fomenta en las mujeres su presunción y orgullo.

“Pudiera ocurrir á este escrúpulo solo con decir que en cualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto á otro fin alguno eriado. Las verdades tienen su valor intrínseco; y el caudal ó riqueza del entendimiento no consta de otras monedas. Unas son más preciosas que otras, pero ninguna inútil. Ni la verdad que hemos probado puede por sí inducir vanidad y presunción en las mujeres. Si ellas son verdaderamente iguales á nosotros en las perfecciones del alma no habrá mal alguno en que lo conozcan y entiendan así. Santo Tomás, hablando de la vanagloria, dice que “en este pecado no se incurre por conocer cada uno y aprobar el bien, ó perfección que tiene. Luego el conocer las mujeres lo que son, como no lleguen á pensar de sus prendas más de lo que deben, no podrá hacerlas vanagloriosas ó presumidas; antes, si se mira bien el desengaño á que se ordena este capítulo, no añade presunción á las mujeres y se la quita á los hombres.

“Pero mucho más pretendo, y es que la máxima que hemos establecido no solo no puede ocasionar en lo moral daño alguno, sino que puede traer mucho provecho. Considérese á cuántos hombres la imaginada superioridad de talentos los hace osados para emprender sobre el otro sexo criminales conquistas. En cualquiera lucha, la confianza ó desconfianza de la fuerza propia, hace mucho para ganar ó perder la batalla. El hombre, confiado en la ventaja de su discurso, propone con valentía; la mujer, juzgándose inferior, escucha con respeto. ¿Quién puede negar aquí una gran disposición para que él venza y ella se rinda?

“Sepan pues, las mujeres, que no son en cuanto al conocimiento, inferiores á los hombres; con eso entrarán confiadamente á rebatir los sofismas con que ellos disfrazan con capa de razón las sinrazones. Si á la mujer la persuaden que el hombre, respecto de ella es un oráculo, á la más indigna propuesta prestará oído atento, y reverenciará como verdad infalible la falsedad más

notoria.

“Otra consideración hay que hacer muy importante en esta materia. Es cierto que cualquiera cede más fácilmente á aquel en quien reconoce alguna notable ventaja. Un hombre sirve sin violencia á otro hombre que es más noble que él; pero con suma repugnancia le sirve si son iguales en nacimiento. Lo propio sucede en nuestro caso. Si la mujer esté en el error de que el hombre es de sexo mucho más noble, y que ella por el suyo es un animalejo imperfecto, y de bajo precio, no tendrá por oprobio el rendirsele; y llegándose á esto la lisonja del obsequio reputará por gloria lo que es ignominia. Conozca, pues, la mujer su dignidad, como clamaba San León con respecto al hombre. Sepa que no hay ventaja alguna de parte de nuestro sexo; y así, que siempre será oprobio y vileza suya concederle al hombre el dominio de su cuerpo, salvo cuando lo autorice la santidad del matrimonio.

“Aun no he dicho toda la utilidad que en lo moral traerá el sacar á los hombres y mujeres de este error de la desigualdad de los sexos. Firmemente creo que este error es causa de mancharse con adulterios innumerables tálamos. Atención.

“Pasados pocos meses, después que con el vínculo del matrimonio se ligaron las almas de dos consortes pierde la mujer aquella estimación que antes lograba de su marido como alhaja recién poseída. Pasa el hombre de la ternura á la tibieza, y la tibieza viene á parar muchas veces en desprecio y desestimación positiva. Cuando el marido llega á este vicioso extremo, empieza á triunfar, y á insultar á la esposa, confiado en las ventajas que ninguna en la superioridad de su sexo. Instruido él de aquellas sentencias de que “la mujer que más alcanza, alcanza lo que un niño de catorce años;” “que no hay que buscar en ellas seso, ni prudencia,” y en otras sentencias de este jaez, todo lo que observa en su mujer lo trata con sumo desprecio. En este estado cuanto la pobre mujer discurre es un delirio, y cuanto obra es un yerro. El atractivo de la hermosura, si es que la tiene, ya no sirve de nada, porque le rebajó el precio la seguridad de la posesión. Este es un hechizo que ya está desecho. Sólo se acuerda el marido de que la mujer es un animal imperfecto; y si se descuida, á la más linda le echará en la cara que es un vaso de inmundicia.

“En este estado de abatimiento está la infeliz mujer cuando empieza á mirarla con buenos ojos un galán. A la que está aburrida de ver á todas horas un semblante ceñudo, es natural que le parezca demasadamente bien un rostro apacible. Esto basta para facilitar la conversación. En ésta no oye cosa que no la lisonjee el gusto. Antes no escuchaba sino desprecios; aquí no se le habla sino de adoraciones. Antes era tratada como menos que mujer; ahora se ve elevada á la esfera de deidad. Antes se le decía que era una tonta; ahora escucha que tiene un entendimiento divino

En la boca del marido era toda imperfecciones; en la del galán es toda gracias. Aquél la señoreaba como tirano dueño; éste se le ofrece como rendido esclavo. Y aunque el enamorado, si fuera marido, hiciera lo mismo que el otro, como eso no lo previene la triste casada, halla entre los dos la distinción que hay entre un angel y un bruto. Ve en el marido un corazón lleno de espinas; en el galán un corazón coronado de flores. Allí se le presenta una cama de hierro; aquí de oro. Allí la esclavitud; aquí el imperio. Allí la mazmorra; aquí el solio.

“En esta situación ¿qué hará la mujer más valiente? ¿Cómo resistir á dos impulsos dirigidos á un mismo fin, uno que la impele, otro que la atrae? Si el Cielo no la detiene con mano poderosa, segura es la caída. Y si cae ¿quién puede negar que es su propio marido quien la despeña? Si él no la tratara con vilipendio, no le hiciera fuerza el amante con la lisonja. El mal tratamiento del uno da valor al rendimiento del otro. Todo este mal viene muchísimas veces de aquel concepto bajo que los hombres casados tienen hecho del otro sexo. Déjense de esas erradas máximas, y lograrán las mujeres más fieles. Estímenlas, pues Dios los manda amarlas; y desprecio y amor no entiendo como se pueden acomodar juntos en un corazón, respecto del mismo objeto.” (\*)

“Continuamente, dice Debay, se exageran las virtudes y defectos de las mujeres. Entre los escritores que se han ocupado de esto, unos quisieran establecer su superioridad, otros su inferioridad, relativamente al hombre, de manera que dicha exageración por ambas partes ha dejado indecisa la cuestión. Creemos que la mujer es el complemento del hombre y el hombre es el complemento de la mujer; y así mismo creemos que para la felicidad de entrambos debe haber igualdad entre ellos, pues la superioridad exigiendo respeto y obediencia excluye el amor, y la inferioridad suponiendo menos valor obra en idéntico sentido. La igualdad que existe entre ambos sexos debe ser considerada como el resultado de las compensaciones; es decir, que si el hombre es superior á la mujer en alguna circunstancia, seríalo en otras la mujer. Por lo tanto, ninguna ventaja tenemos sobre la mujer por un lado que no lo equilibre ella por otro. Cada sexo tiene su destino peculiar dependiente de su organización física y, en general, no puede ser desviado de sus fines. No obstante, si ha sido concedida al hombre mayor suma de fuerzas que á la mujer habrá de convenirse en que en igualdad de circunstancias, ésta es más digna de alabanza que aquél, y que le es superior por razón de que tuvo que vencer más obstáculos, y, por lo tanto, hacer más esfuerzos para llegar á dicha igualdad. Efectivamente: si esa mujer guerreira ha igualado las

---

(\*) Véase al Padre Feijóo en su admirable escrito intitulado “*Defensa de las mujeres.*”

hazañas de tal ó cual héroe; si aquella poetisa se ha puesto al nivel de algún poeta afamado; si la mujer artista rivaliza con los artistas de más nota & todo esto redundará en beneficio del sexo débil.....

“Así, pues, por doquiera y *en todo* la mujer iguala al hombre, y con frecuencia le sobrepuja. Creemos firmemente que si la educación de las señoritas tan mezquina, rutinaria y defectuosa en todos los países, adquiriera más amplitud, más seriedad y desarrollara los impulsos de la razón en vez de restringirlos, creemos, repetimos, que el número de mujeres letradas y filósofas (lo que no les impediría ser buenas esposas y buenas madres) aumentaría considerablemente..... El valor, la inteligencia y el genio no reconocen sexo.....

“Oh! ¡De cuánto respeto, admiración y homenajes debiera estar rodeada la mujer, que cura las heridas de nuestro corazón y arroja algunas flores en el árido camino de la vida! ¡Cuánto amor y reconocimiento no debiera prodigársela! Providencia de la familia, diosa tutelar del hogar doméstico, la mujer provee y atiende á todo. El hombre no puede vivir sin ella; poderoso instinto liga su existencia á la de la mujer: necesita verla, oír-la; salva todos los obstáculos, resígnase á sufrir año tras año para merecer y obtener su amor. Para ella ambiciona el la fortuna y la gloria, pues la mujer es el blanco de sus deseos; ella es la que prolonga su existencia y entretiene en sueños deliciosos sus horas de reposo; en fin, ella es el encanto de su corazón, el ídolo de su alma, la esperanza y la felicidad de su vida.....

“La mujer tiene, sin ningún género de duda, el corazón más tierno, más compasivo que el hombre, siendo más sensible á los sufrimientos de los demás, y de consiguiente más caritativa. Dotada de exquisita sensibilidad sigue los generosos impulsos de su corazón y obra antes de razonar. Sucede, pues, que la mujer casi siempre ha socorrido la desgracia cuando el hombre está apenas deliberando sobre esto.

“En lo tocante á bondad y dulzura para con los inferiores, compasión del infortunado, veneración á la ancianidad, ternura y respeto hacia los padres, á todos los sacrificios, en fin, que la caridad impone, el hombre es muy inferior á la mujer.

“¡Cuántos cuidados no prodiga la joven á los autores de sus días! Y la mujer casada ¡cómo atiende á su marido postrado por alguna enfermedad! Apesar de su natural débil, prolonga sus vigili-as, multiplica sus fuerzas, resiste al cansancio, no toma momento de reposo, mientras que el hombre solo se limita á hacer algunas cortas visitas de atención. Con harta razón se dice que solo las mujeres sirven para cuidar á los enfermos.

“Los sufrimientos morales, los dolores físicos de los demás

la impresionan vivamente y la hacen derramar lágrimas. Toda ella corazón, todo rendimiento, contemplada en los hospitales, en las Casas de Asilo, en las cárceles, y aun en los campos de batalla desafiando lo que de más repugnante y fétido tienen la miseria excesiva, la horrorosa enfermedad.

“Preguntadles, S. S. á los enfermos á quien dan la preferencia para que les asista, si al hombre ó á la mujer.

“Dónde no está la mujer ¡cuánto gime el enfermo! dice la Biblia.

“La compasión del hombre es muy fría, muy pálida ante la de la mujer. Aquél no tarda en cansarse de los ayes, quejas y ruegos de los desgraciados, mientras que la mujer muestra un celo á toda prueba, una infatigable perseverancia en cuantos socorros prodiga, empleando siempre un tacto y delicadeza tan exquisitas que jamás el hombre podrá igualarla en ellos.

“Los impulsos de la generosidad son muy frecuentes en las mujeres, siendo ella la primera en todo acto de caridad y de beneficencia. ¿Trátase de aliviar á la viuda y al huérfano? És la mujer quien toma la iniciativa. ¿Trátase de favorecer las víctimas de una inundación ó un incendio? La mujer es quien colecta las limosnas y obliga al hombre á dar su óbolo para librar de la ruina y la miseria á tales víctimas. Y en los momentos de afanes y angustias vende ó deshace de sus diamantes, de sus alhajas, de todo lo que le es más querido; en fin, doquiera que se necesite una noble acción, algún sacrificio, un acto de abnegación, ó haya que calmar un dolor, la mujer se presenta en el acto, á sacrificarse si es preciso. ¡Oh mujeres honor y gloria de vuestro sexo! En todas las circunstancias que acabo de expresar dejáis muy atrás á los hombres!.....

“La mujer brilla ante todo por las virtudes domésticas y ahí está su triunfo sobre el hombre. Ella es la madre de la familia: es el alma de la casa.

“Si la mujer no ha venido al mundo para mandar, al menos vino para gobernar al que manda, pues sabe desde su edad más tierna que la dulzura, las caricias, las maneras insinuantes son armas á las que el hombre no resiste; sabiendo perfectamente que el marido más caprichoso tiene que ceder á los encantos de su voz tan dulce y de sus tiernas miradas. La persuasión se alberga en sus labios y las promesas de felicidad brotan de sus ojos. El gobierno doméstico es uno de sus triunfos, y en esto es superior al hombre, ya que las casas mejor gobernadas, ya que las familias más dichosas son aquellas en que la mujer goza de mayor autoridad.

“Practicad siempre ¡oh mujeres! esas virtudes domésticas para el bien de ambos sexos. El ejemplo que daréis seguiránlo todos. En vuestras manos está trocar el mal en bien y darle á la so-

ciudad entera la forma que os plazca.”

“Las crónicas del siglo XVII cuentan que un juriscónsulto, poco afortunado en su amor, á la mujer proarumpió en diatribas contra todas las mujeres, en una obra intitulada: *“La Selva negra del matrimonio.”*

“Encontrándose cierto día en Turín, las mujeres le persiguieron y le expulsaron de la sociedad, y si quiso volver tuvo que hacerlo con este rótulo pegado á la espalda:

“Todos nacemos de mujer: los grandes y los pequeños, los gordos y los flacos; así, pues, el que las critica es un infame.”

“Una mujer de talento exclamó: No! Dios no creó á la mujer para que fuese la esclava del hombre; para entrambos quiso que reinase la igualdad, el amor. El Creador le dijo al hombre: Te asocio á una criatura digna de tí: nada más me resta que hacer para tu felicidad, ni para mi gloria. Y Dios después de haber criado á la mujer descansó.” Así debieran pensar y razonar todas las mujeres; entonces los hombres disminuirían un tanto su orgullo y la condición social del bello sexo mejoraría de día en día.

“Por su parte los hombres debieran grabar esta máxima en su corazón: “El que no es amigo de las mujeres da muy pobre idea de su talento y de los sentimientos de su corazón”

Otro escritor amigo de la mujer, se expresa así:

“Los hombres deben en gran parte las ventajas que tienen sobre las mujeres á la diferencia de su educación que á pesar de ser defectuosa, es sin embargo mucho menos defectuosa que la que recibe la mujer.”

“Aléjase á las jóvenes de toda ocupación seria, entreteniéndolas con mil bagatelas, se las acostumbra á muchas delicadezas, ridiculas las más de las veces. Esto da por resultado la frivolidad la lijereza y la debilidad de carácter.

“Erradamente se cree que los hombres están dotados de una gran superioridad intelectual sobre la mujer; empero ha de decirse (y es la pura verdad) que en general las mujeres tienen más talento, más gusto, más tacto y sutileza que aquéllos. La pobreza de los estudios á que se las dedica, las falsas ideas de que se les llena la cabeza detienen los progresos de su entendimiento, siendo casi todas ellas superficiales, pues nunca se las ha acostumbrado á razonar ni á reflexionar.”

“Y cuando se presentan en el gran mundo los hombres ponen el último sello á los vicios de su educación, desarrollando en ellas la vanidad, el disimulo, la coquetería, &c., pues cuanta más afectación, disimulo, melindres y caprichos despliega la mujer mayor es el número de sus adoradores.”

Las que resisten á cuanto conspira en contra suya tienen muy grandes ventajas sobre los hombres más apreciables: su con-

versación seduce, están dotadas de más viva imaginación, es más sensible su corazón, más tierna su amistad, y su adhesión más sincera.”

El mismo Debay añade lo siguiente :

“Mucho más perfecta sería la mujer si los vicios de la educación que recibe no detuvieran su impulso en el camino de la perfección intelectual. Apesar de las injusticias que para con ella comete el hombre, y á despecho de las trabas y tinieblas que rodean su entendimiento nunca la abandona su carácter dulce y bondadoso.

“Todo es admirable en la mujer, y Dios que, según la Biblia, “se arrepintió de haber creado al hombre” jamás ha dicho que le ha pesado haber hecho á la mujer.

“En cuanto á esos hombres que solo ven el lado defectuoso de las mujeres y que no cesan de perseguirlas con sus sarcasmos y de exagerar sus defectos y debilidades la mejor contestación que podría dárseles sería sacar á luz las ridiculeces y bajezas que ellos han hecho en obsequio de las mujeres á quienes se complacen en satirizar, y las humillaciones que éstas les procuraron. No cabe equivocarse ; los hombres intolerantes, injustos, impotentes, engañados ó despedidos, son los que hablan mal de las mujeres ; fácil es ver en seguida de qué pie cojean, como vulgarmente se dice. Por el contrario, los hombres que han estudiado la naturaleza y el carácter de la mujer admiran sus virtudes y compadecen sus errores.

“Con harta razón dijo un poeta: hombre hay que se permite desgarrar á las mujeres, pero caería á sus pies si le fuese dado saber cuánto más vale amarlas que murmurar de ellas.”

“¡ Hombres ! Usad, pues, de buena fe. ¿ Acaso la mujer no es, con respecto á vosotros, lo que la obligáis á ser ?

¡ “Empleais vuestro tiempo en seducirla, en engañarla, y si ella os engaña alguna vez, la maldecís ! ¡ A menudo la dais el ejemplo de una conducta equívoca, y os escandalizáis si os imita en esto ! ¡ “Os burláis de vuestros juramentos y queréis que ella no viole los suyos ! ¡ Sois vosotros perjuros y la exigís fidelidad ! ¡ Hacéis pedazos sus afectos, sus más caras esperanzas, y le exigís que no se tuerza su corazón ! Finalmente, la dejáis, la abandonáis por otras mujeres, y si ella os paga con igual moneda os enfurecéis y la anatematizáis ! ¡ Es esto ser consecuente ? ¡ Es esto ser justo ? ¡ Responded !

“¡ Ah ! Dejad, señores, de abrumar á la mujer con vuestras injusticias ; no la persigáis por más tiempo con vuestros tiránicos caprichos. Las mujeres son más sensibles, más afables y mejores que vosotros : todos los defectos que las echáis en cara hacen menos daño, tal vez, que uno solo de vuestros vicios, y tales defectos sólo son debidos á vuestro orgullo y á vuestro despotismo. En

vez de rebajar á la mujer acordáos que sin ella no podéis ser felices.

“Oh hombres! ¡ Amad siempre á la mujer, pues sin ella la vida sería el destierro más horrible!”

Antes de terminar esta larga conferencia quiero probaros con algunos ejemplos históricos que la mujer sí puede llegar hasta donde alcance con su inteligencia y con su sabiduría el hombre más sabio, y esto apesar de las grandes trabas que el hombre mismo le pone á su instrucción, acaso para evitar que élla le rivalice.

*Doña Isabel de Joyc*, en el siglo XVI, fue doctísima. Se cuenta de ella que predicó en la iglesia de Barcelona con pasmo del innumerable concurso que la escuchó, y que después, pasando á Roma, en el Pontificado de Paulo III, delante de los Cardenales, con suma satisfacción de ellos, explicó muchos puntos difíciles de la Teología de Escoto, llamado el *Sutil*. Pero lo que más la ennoblece es el haber convertido, ella sola, en aquella capital del mundo, gran número de judíos á la Religión Católica.

*Isotta Nogarola*, natural de Verona, en Italia, fue el oráculo de su siglo; porque sobre ser muy docta en Filosofía y en Teología, aprendió muchas lenguas, estudió las obras de los Santos Padres, y en la Predicación no fue inferior á ninguno de los grandes oradores de su tiempo. Predicó varias veces delante de los Papas Nicolás V y Pío II, y en el Concilio de Mantua, que convocó este Pontífice á fin de unir á todos los Príncipes cristianos contra los Turcos. Floreció en el siglo XV.

*Lucrecia Helena Cornaro*, de la ilustrísima familia de los Cornaros de Venecia, floreció en el siglo XVII. Aprendió las lenguas Latina, Griega, y Hebrea y casi todas las lenguas vivas de Europa. En Filosofía, Matemáticas y Teología se distinguió tanto, que la Universidad de Padua resolvió darla el grado de Doctora en Teología y en Filosofía, habiendo acudido á hacer más solemne este acto muchos Príncipes y Princesas de varias partes de Italia.

*Dorothea Bucca*, en el siglo XV, natural de Bolonia, habiendo sido destinada desde su infancia á las Letras se adelantó en ellas con pasos tan agigantados, que aquella famosa Universidad le dió el grado y bonete de Doctora, en donde fue mucho tiempo Profesora ó Catedrática de aquellos alumnos.

*Doña Oliva Sabuco de Nantes*, española, fue de sublime penetración y elevado numen, en materias físicas, médicas, morales y políticas, como se conoce en sus escritos. Pero lo que más la ilustró fue su nuevo sistema médico, en el que, contra todos los antiguos, estableció que no es la sangre la que nutre nuestros cuerpos sino el jugo blanco derramado del cerebro por todos los nervios. Floreció en tiempo de Felipe II.

*Doña Juliana Morella*, natural de Barcelona, en el siglo XVII, fue un portento de sabiduría. A los 17 años de edad entraba

á discutir públicamente en el Colegio de los Jesuitas de León. Supo filosofía, Teología, Jurisprudencia y Música. Hablaba 14 lenguas.

*María Magdalena Gabriela de Montemart*, francesa, en el siglo 17, fue sapientísima en las Teologías Escolástica, Dogmática, Expositiva y Mística, y en otros muchos ramos del saber humano.

*Ana María Schurman*, alemana, floreció en el siglo XVII. "No se ha conocido hasta ahora, dice Feijóo, capacidad más universal en uno ni en otro sexo. Todas las ciencias y todas las artes reconocieron con igual obediencia el imperio de su espíritu, sin que alguna hiciese la menor resistencia cuando esta heroína se empeñaba en su conquista. No fue carrera sino vuelo aquel acelerado movimiento con que la *Schurman* discurrió por todas las anchísimos espacios de la erudición sagrada y profana; llegando, en fin, á la posesión de casi todas las ciencias humanas, juntamente con la sagrada Teología, y una grande inteligencia de la Escritura. Supo perfectamente las lenguas Alemana, Holandesa, Inglesa, Francesa, Italiana, Latina, Griega, Hebrea, Siríaca, Caldea, Árabe y Etiópica. Tenia numen poético y compuso buenas obras en verso. Comprendió científicamente la música y manejaba varios instrumentos con destreza. Fue excelente en la Pintura, la Escultura y en el arte de grabar á cincel. Murió en 1678, al 71 de su edad. (\*)

No me sería difícil, S. S. formar largas listas de mujeres que han sobresalido al igual de los hombres, como guerreras, como patriotas, como gobernantes de naciones y políticas, como oradoras como poetisas ó literatas, como filósofas, como artistas, como compositoras dramáticas, &c. Pero me haría interminable.

¿Qué han hecho los hombres de grande, de noble y de bueno que vosotras; oh mujeres! no lo hayáis hecho, también?

¿Qué ha estudiado, qué ha sabido, qué ha enseñado el hombre que vosotras también, no lo hayáis estudiado, sabido y enseñado?

Si los hombres son héroes; no sois vosotras heroínas?

Si son reyes; no sois vosotras reinas?

Si son sabios; no sois vosotras sabias?

Si son guerreros; no hay entre vosotras Juanas de Arco, Margaritas de Anjon, Catalinas Figueur?

Si ellos enseñan; no sois también vosotras maestras é institutoras?

Si ellos son Doctores; no hay entre vosotras muchas con ese título?

Si ellos son santos; no sois vosotras aun más santas todavía?

Si ellos son patriotas; no hay entre vosotras muchas Judit

---

(\*) V. á Feijóo, de donde hemos tomado estos datos. El trae una larga lista de mujeres célebres en las ciencias y en las artes.

muchas Antonias Santos, muchas Policarpas Salabarieta ?

Si son escritores ¿no hay entre vosotras Staeles, Emilias Pardo Bazán, Soledad Acosta de Samper, y autoras fecundas, como Madame Oliphante, que ha publicado hasta ahora más de 100 volúmenes ?

Si son astrónomos ¿no habrá entre vosotras descubridoras de cometas, como María Mitchell ?

Si son arqueólogos ¿no hay entre vosotras una Ray y una Dienlafoy, que viajan hoy por todo el mundo reuniendo curiosidades antiguas y copiando geroglíficos ?

Si son pintores y grabadores ¿no tenéis entre vosotras una Miss Edwards, pintora distinguida y grabadora de gran fama ?

Si son arquitectos ¿no tenéis vosotras á Miss Robison? arquitecta y Directora de los trabajos de construcción en los Palacios Reales de Inglaterra ?

Si son ingenieros ¿no tenéis vosotras una Annie A. de Bar, que acaba de graduarse como ingeniera ?

Si son marineros ¿no tenéis vosotras una Sinmons, que dirige hoy con lucimiento un buque de vapor ?

Si son médicos ¿no tenéis entre vosotras, en Norte América y en Europa, especialmente, muchas médicas graduadas que gozan de gran renombre ?

Si son matemáticos ¿no tenéis vosotras una Fawet, ó una Cleves, que sobresalen hoy en este ramo, tan abstruso, tan árido y, al parecer, tan ageno de vuestro sexo ?

¿No sois vosotras, también, en muchas partes, abogadas y notarias, fotógrafas, telegrafistas, administradoras de correos, comerciantas, hacendadas &c. ? ¿Qué os falta, pues, para cumplir por vuestra parte la misión que os dió Dios de *acompañar al hombre, y ayudarle, y asemejarse á él* ?

¿Comprendeis ahora todo el alcance de estas palabras del Génesis: *Y dijo el Señor: no conviene que el hombre esté solo; hagámosle una compañera que le ayude y que se le asemeje* ?”

*No es bueno que el hombre esté solo.* Oh ! Nunca lo ha estado. Nunca lo estará. Toda grandeza masculina es hija de una grandeza de mujer, más ó menos oculta ó invisible porque el hombre casi siempre se avergüenza de confesarla.

Suprimid la grandeza de la mujer y la del hombre se eclipsará, ó aparecerá pálida y pequeña.

Suprimid á María, la Madre de Jesús, y la actual civilización cristiana no existiría ó existiera bajo otra forma. No podríais separar al Redentor Jesús de la corredentora María. Vedle sino en las Bodas de Caná, en una fiesta de mujer, y haciendo, á insinuación de una mujer, de su Madre María, su primer milagro, el de convertir el agua en vino. Oh ! Jesús no estuvo solo !

Ni San Pedro estuvo sin Tabita; ni San Pablo sin Te-

ela ni sin Píxila, que salvó la vida del primero exponiendo su vida propia.

Ni San Juan sin la diaconisa Olimpiada, gloria de la Iglesia de Constantinopla.

Ni San Agustín sin Mónica; ni San Atanasio sin Melania; ni San Jerónimo sin Marcela ni sin Paula; ni San Francisco de Asís sin Clara; ni San Juan de la Cruz sin Teresa; ni San Francisco de Sales sin Juana Francisca Chantal.

Suprimid á la Emperatriz Santa Elena y Constantino el Grande no le habría dado la paz á la Iglesia.

Suprimid, S. S. á D<sup>a</sup> Beatriz Enriquez, ó á Isabel la Católica, y Colón no habría descubierto la América, ó habría sido un hombre común ú oscuro.

En todos los tiempos y por todas partes la mujer es la compañera del hombre, su compañera inseparable, para el bien ó para el mal, para la verdad ó para el error. Y no solo su compañera sino su inspiradora. Oh! muchas, la mayor parte de las buenas acciones del hombre son sugeridas, inspiradas, por la mujer! Cuántos actos de caridad, de valor, de patriotismo, ejecutados por el hombre son, sin embargo, emanación de la mujer, hasta el extremo de ser esta, si bien se considera, la verdadera causa de ellos!

La ninfa Egeria inspirando á Numa Pompilio los medios de civilizar á Roma no es otra cosa que la imagen de la mujer inspirando al hombre los medios de civilizarse y civilizar el mundo; porque "los hombres serán siempre, como dice un célebre escritor francés, lo que las mujeres quieran que ellos sean."

Durante setenta años, en el siglo XIV, y á causa de las disensiones de los romanos, los Papas, no siempre fuertes ni prudentes, abandonaron á Roma y trasladaron su residencia á Avignón. Esta traslación le ocasionó gravísimos males á la Italia y á la Iglesia. A causa de esa traslación se levantó, dice Bercastel, un cisma tan lamentable que todos los cismas anteriores apenas sí merecían el nombre de tales. Los florentinos y otros muchos italianos se rebelaron contra el Papa Gregorio XI, quién les excomulgó. Pero existía por esos tiempos Santa Catalina de Sena, mujer de mucha prudencia y elevado talento. Pues bien: élla se dirigió al Papa Gregorio XI y le persuadió á perdonar á los rebeldes en vista de la sumisión que ella ya había conseguido de éstos para ante la Santa Sede. Pero el principal mérito de esta Santa es el haber persuadido al Papa que se trasladase á Roma, poniendo fin al triste estado de viudez de la capital del mundo cristiano. Logrólo al fin, teniendo la gloria de ser el instrumento de la Providencia para vencer las dificultades que se oponían á la vuelta de los Papas á Roma.

"Poco después, muerto el Papa Gregorio XI, se suscitó el doloso cisma de Occidente, que tuvo dividida á la Iglesia por espacio

de muchos años. En estas circunstancias Catalina de Sena empleó toda su influencia en hacer reconocer por Papa legítimo á Urbano VI, y con este motivo hizo muchas visitas, emprendió viajes y escribió muchas cartas, sin descansar un momento en esta empresa, á pesar de verse afligida por muchas enfermedades. Era de un entendimiento tan elevado y de una prudencia tan consumada que fue reputada como el oráculo de su tiempo, y son prueba de éllo las muchas cartas que escribió á los Papas, á los Cardenales y á varios Príncipes, de las cuales se conservan unas 360\* (\*)

¡Cuántas buenas acciones, y á cuántos hombres, y á qué clase de hombres, no inspiró esta admirable mujer!

Ya lo veis, pues, S.S., por el ejemplo que acabo de citaros, cómo el hombre no puede estar *solo*, cómo está siempre *acompañado, inspirado y ayudado* por una mujer, *semejante á él* en todo, cumpliendo así ella el nobilísimo destino para que fue criada.

Pero ¿quién la hizo capaz de todo esto? El Señor Dios, ¿Quién la regeneró, quién la rehabilitó para que el hombre deba admitirla hoy como su compañera, como su ayudadora, semejante á él, y no como su vil esclava? Jesucristo, la Iglesia, el sacerdote católico, el hogar católico, la escuela católica. ¿Quién la ha coronado de gloria y de honor? ¿Quién le ha dado el primero, los títulos de grande, de sabia, de Doctora? ¿Quién la ha hecho verdaderamente reina? ¡Oh! Solo la Iglesia católica! Solo el sacerdote católico! Este la educa, la forma, la santifica, la engrandece, la coloca de Superiora de las Comunidades religiosas, de las Asociaciones católicas, de las Casas de Beneficencia y de los Hospitales, le comita las escuelas católicas y comparte con ella sus trabajos evangélicos y las obras de su apostolado. El sacerdote católico le levanta estatuas, y nos hace doblar á todos nuestra rodilla ante élla, venerarla sobre los altares, entonarle cánticos y alabanzas, imitar sus virtudes é invocarla. El sacerdote católico le da, en fin, el cielo por trono y la tierra por peana.

¿Hay, S.S., alguna otra religión que honre, que ennoblezca, que sublime y premie mejor á la mujer cristiana que nuestra religión católica?

¿Qué han hecho, qué hacen por élla, las otras religiones, ó las sectas? Tratar de separla de la Iglesia y de los sacerdotes para corromperla por medio del *amor libre*, ó de todos esos matrimonios de la mano izquierda, que son su envilecimiento y su degradación; lanzarla en los abismos del espiritismo y de la masonería, y de la incredulidad; hacerla libre pensadora, enemiga de la Iglesia y sus ministros, que son sus salvadores; sacarla de su centro y de su elemento, que son el hogar y el templo, y la escuela, y las Casas de asilo, para lanzarla á los *meetings*, á las luchas de la política, al tea-

(\*) V. el *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*, por Perujo Art. *Catalina de Sena*.

tro y á la literatura inmorales, y á la corrupción.

Felizmente, S.S., en nuestra Patria, generalmente hablando, la mujer católica es buena y comprende hoy perfectamente bien que desde el instante en que ella se separase de la Iglesia y del clero su corona de reina caería en el fango, y que todas las que antes la alabaran la menospreciarían cuando viesen su ignominia, según las palabras del Profeta de Anatot en sus Lamentaciones.

Felizmente élla comprende bien cuáles somos sus amigos y protectores y cuáles sus enemigos, aunque estos se disfrácen de amigos para poder seducirla y engañarla, como lo hizo la serpiente con Eva.

Felizmente élla sabe cuál es su verdadera misión sobre la tierra como hija, como hermana, como esposa, como madre, y aun como simple amiga del hombre, y procura cumplirla lo mejor posible en todas partes, bajo la sabia dirección de la Iglesia infalible, que no puede engañarse ni engañarla.

La mujer, S.S., es buena ó mala según la educación que nosotros los hombres le demos.

El individuo, y la familia, y la sociedad serán buenos ó malos, felices ó desgraciados, civilizados ó ignorantes, según que esa educación esté bien ó mal dirigida.

"Todo árbol malo produce frutos malos. Todo árbol bueno produce frutos buenos," dice Jesucristo, y este orden no se invierte.

La educación actual de la mujer no llena todavía las condiciones de una buena educación; no satisface sus exigencias; es insuficiente, y desgraciadamente no está muy bien dirigida. Es rutinera y la rutina esteriliza el corazón y mata la cabeza.

La mayor parte de las mujeres no saben siquiera leer, y de esa ignorancia puede venir un diluvio de males sobre esta Patria amenazada de corrupción. La mujer ignorante, que no sabe distinguir la verdad del error, la virtud del vicio, el bien del mal, aynda, más eficazmente de lo que se cree, aunque sea como instrumento inconciente, á propagar las malas doctrinas que muchos hombres están sembrando en la sociedad para hundirnos. "Ya se sabe por experiencia, dice un escritor católico contemporáneo, que el hombre engendra el error y la mujer lo concibe, y lo da á luz, y lo alimenta, y lo propaga. *No hay hereje sin mujer*, dice un proverbio."

Si es que queremos verdaderamente la felicidad de Colombia empecemos por regenerar la mujer colombiana, es decir, por ilustrarla, por enseñarle á distinguir la verdadera de la falsa devoción, por hacerle conocer toda la dignidad y grandeza de que ella es capaz y toda la miseria y envilecimiento de su falta de religión, ó de sus falsas ideas, ó de sus malas costumbres.

Hagámosle comprender que de élla depende la felicidad ó la desgracia de nuestra Patria, y comprendamos bien todos noso-

tros cuánta verdad encierran estas palabras del autor del "1 milio" para que las practiquemos:

"Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres que ellos sean. El que quiera hombres grandes y virtuosos eduque primero á aquéllas en la grandeza y en la virtud."

O estas otras de San Ambrosio: "Si conseguimos reformar las mujeres con eso solo habremos reformado ya los hombres."

BALTASAR YÉLEZ Y.

---

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pag. 7, línea 37, DICE: ellas burlaban, sinembargo, sus prohibiciones. LEÁSE: ellas burlaban sus prohibiciones.

Pag. 22, línea 8, DICE: adquiriera. LEÁSE: adquiriera.

Pag. 24, línea 21, DICE: El que no es amigo de las mujeres LEÁSE: El que no es amigo de la mujer.

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

SALA DE PATRIMONIO DOCUMENTAL  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis E. Hernández Villegas

BIBLIOTECA  
Universidad EAFIT



100068587

FAES

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**<sup>®</sup>

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental